

Los herederos del Imperio

Daniel Serrano

Personajes:

Martín. Periodista

Félix. Cubano

Gregorio. Sacerdote

Fabricio. Político.

Una morgue. Hay 4 mesas con sendos cuerpos masculinos. Tres están descubiertos del torso hacia arriba. El cuarto cadáver está tapado completamente.

Una puerta de entrada, y un par de ventanas altas, pequeñas.

No hay nada más.

Los cuatro personajes están en diferentes posiciones dentro de la morgue. Félix observa de reojo a los demás. Trae 6 plumas en la bolsa de su camisa.

Fabricio.- ¡Félix Salomón!

Félix.- ¡Presente!

Martín.- ¡Fabricio García Larios!

Fabricio.- ¡Presente!

Gregorio.- ¡Martín Domínguez!

Martín.- ¡Presente!

Félix.- ¡Gregorio Mares!

Gregorio.- ¡Presente!

Fabricio.- ¡Fernando Zavala González!

Los otros tres.- ¡Presente!

Gregorio.- ¡Juan Ernesto Romero Salcido!

Los otros tres.- ¡Presente!

Félix.- ¡Wilfrido Rodríguez!

Los otros tres.- ¡Presente!

Martín.- ¡Pedro Remolina!

Los otros tres.- ¡Presente!

Silencio. Luego un canto gregoriano.

Félix.- ¿Han oído hablar de esos sueños en los que alguien te viene persiguiendo y sientes que te va a alcanzar, y tú corres más rápido, pero los pies te pesan mucho, y no puedes avanzar?... Bueno, pues algo así se siente siempre allá... Pero despierto... Y llega a tanto la locura, que uno ve al policía de la esquina y al perro que lo acompaña, y a las moscas que rondan los genitales de la mayoría, a todos esos, uno los ve con cara de comandante. Por eso aquí a uno se le quita el miedo. Ahora, después de 15 años, solamente a los cadáveres como esos les ve uno la cara de comandante... Son las ansias... Yo creo.

Fabricio.- ¿Y entonces? ¿Para qué trabajas en el gobierno?

Martín.- ¿Trabajas en el gobierno?

Fabricio.- Son los únicos que se la pasan bien.

Félix.- Por eso.

Martín.- ¿Nada más para pasarla bien?

Félix.- Y porque fue una de mis opciones.

Fabricio.- ¿Cuál era la otra?

Gregorio.- ¿Qué más da?

Fabricio.- ¿Irte a Miami?

Martín.- ¿Trabajas en el gobierno?

Fabricio.- En la embajada.

Félix.- Es la única manera. Salir para ver todo lo que está dentro.

Fabricio.- ¿Y desde dentro no se ve?

Félix.- Se ve diferente. Uno crece pensando que esa miseria es pasajera. Todo va a cambiar cuando la revolución termine de triunfar. Eso será pronto. Pero por más que uno camina y camina, el pronto se va alejando, se va haciendo chiquitico, y lo que uno alcanza a ver, es una hormiga... que tal vez tenga el rostro del comandante.

Fabricio.- Siempre se excusan en su pobreza.

Martín.- ¿Y qué andaban haciendo juntos?

Gregorio.- ¿Quiénes?

Félix.- Hay otros niveles que ni siquiera imaginábamos en Los Pinos.

Martín.- ¿Los Pinos?

Félix.- Un barrio de mala muerte de La Habana

Fabricio.- ¿Qué niveles?

Fabricio.- Donde el señor embajador aquí presente, se movía... Junto con su achichinle.

Félix.- Por lo menos todos tenemos algo en común.

Gregorio.- ¿Qué?

Félix.- Somos tratatanes.

Martín. ¿Qué?

Félix.- Achichinles.

Martín.- ¡Yo no!

Fabricio.- ¿De dónde dices que vienes?

Martín.- ¿Quiere decir que aquí también está el embajador?

Gregorio.- (*A Martín*) Yo te conozco.

Félix.- Cubre la fuente diplomática, según él.

Fabricio.- ¿Y por qué no lo recuerdo?

Martín.- Esto se está poniendo interesante.

Félix.- Porque es un pobre fotógrafo.

Martín.- ¿Qué andaban haciendo juntos?

Fabricio.- Pues la cámara no sale de aquí.

Félix.- Ya me dio la tarjeta digital.

Martín.- Me la quitaste.

Félix.- Son formas de ponernos de acuerdo.

Gregorio.- Necesito esa tarjeta.

Félix.- Yo la guardo.

Gregorio.- ¡La necesito ya!

Fabricio.- ¿Cuál es la prisa?

Gregorio.- Todavía nadie sabe.

Félix.- Pero ya se van a enterar, ¿no?

Gregorio.- El Cardenal se va a morir hasta mañana.

Martín.- ¿Vas a matar al muerto?

Fabricio.- ¿Vas a qué?

Gregorio.- Voy a desfasar la muerte del Cardenal.

Félix.- ¿Vas a qué?

Martín.- Pues yo ya lo veo muy difunto.

Fabricio.- ¿De veras no entienden?

Gregorio.- El anuncio se dará 24 horas después de que lo den ustedes.

Fabricio.- (*A Félix*) A ti tampoco te conviene que se sepa.

Martín.- ¿Que se sepa qué?

Félix.- Se ve que eres fotógrafo.

Fabricio.- Ahora les dicen “fotoperiodistas”.

Félix.- Mi gobierno no tiene nada contra el clero.

Martín.- Pero tampoco se trata de que todo mundo se entere que las jerarquías cubanas y vaticanas se echaban sus traguitos de vez en cuando.

Gregorio.- ¡No estaban bebiendo!

Fabricio.- ¿Entonces fueron a un “table”?

Gregorio.- Voy a pedir más respeto...

Félix.- (*Interrumpe*) Para variar. Nada más falta que nos pida el diezmo.

Gregorio.- Tendremos que ponernos de acuerdo.

Martín.- ¿Para qué?

Gregorio.- Para el informe oficial.

Fabricio.- Tú lo llevas muy adelantado.

Félix.- Si el Cardenal se va a morir 24 horas después, me muero de ganas de ver la declaración del propio Cardenal, con respecto a las lamentables muertes de...

Gregorio.- (*Interrumpe*) Es un favor que el propio Papa nos pide.

Martín.- ¿El Papa ya está enterado?

Fabricio.- ¿Por qué le tendría que hacer yo un favor al Papa?

Félix.- Nuestro comandante todavía no está enterado... Así que no creo que el Papa sepa.

Gregorio.- Se va a decir que los tres murieron por separado. Y apelamos a ese mito de que es común que se vayan tres grandes de un jalón.

Martín.- ¡Qué historia!

Félix.- ¿Tres grandes?

Fabricio.- ¿Y nosotros qué ganamos con eso?

Gregorio.- ¿Dije tres grandes?

Félix.- La felicidad viene en paqueticos de tres.

Fabricio.- ¿El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

Silencio.

Gregorio.- ¿Saben cuántas veces me tuve que pelear con amigos por eso? (*Pausa*) ¿Saben cuántas veces tuve que decir que eran cosas inventadas las que se dicen? (*Pausa*) ¿Saben cuántas veces puse el nombre de Cristo enfrente para defender a esta gente? ¿Cuál es la diferencia? Finalmente los tres están muertos. Nos tenemos que concentrar en los honores a cada uno de ellos. Tenemos que descubrir los últimos actos de cada uno de ellos. Hay muchas cosas por resolver. Por ejemplo, ¿Cómo vamos a justificar que los tres andaban en ese momento sin guaruras?...

Fabricio.- Pues ya ni hablar de que andaban juntos...

Martín.- Lo que hubiera dado por estar en ese “table”.

Félix.- Si te descuidas aquí el secretario particular de Dios tiene razón. Yo no sé que tanto nos convenga que nos mezclemos con el clero.

Martín.- Mira tú; ya lo pensaste bien.

Fabricio.- (*Interrumpe*) Que nos liguen, querrás decir.

Martín.- ¿Por qué cuentan todo esto enfrente de mí? ¡Respétenme!

Gregorio.- Necesito sus versiones oficiales.

Fabricio.- ¿Qué?

Félix.- ¿De qué?

Martín.- ¿De cómo se murieron?

Fabricio.- Andaban sin guaruras porque no querían que se enteraran de lo que hacían juntos.

Félix.- Generalmente los guardaespaldas saben de las fechorías de sus jefes

Fabricio.- Pero cuando son “fechorias” decentes.

Martín.- ¿Y cuáles son las indecentes?

Félix.- ¿Es pregunta de reportero? ¿O de verdad no sabes?

Gregorio.- ¿"Fechorías" decentes?

Fabricio.- Hay algunas que ni siquiera los secretarios particulares, o lo achichincles, se deben de enterar, porque son muy indecentes.

Gregorio.- ¿Pueden ser poquito indecentes?

Félix.- ¿Le quieres entrar a las poquito indecentes?

Martín.- Así vas a sentir menos culpa.

Fabricio.- El caso es que no traían guaruras porque no querían que se enterara nadie de lo que estaban haciendo.

Gregorio.- Con más razón.

Martín.- ¿De qué?

Gregorio.- No estaban juntos.

Félix.- ¿Entonces?

Gregorio.- El Cardenal estaba a punto de cumplir ochenta. Así que es lógico que se muera de muerte natural.

Martín.- Ese término me encanta.

Fabricio.- Pero la muerte natural es tan artificial, que hay que encontrarle una enfermedad...

Félix.- Claro, para hacerla natural.

Martín.- Además tiene que ser una muerte fulminante, porque hasta donde recordamos todos, el Cardenal no estaba enfermo. ¿O sí?

Gregorio.- Infarto.

Martín.- ¿Y qué se metía?

Fabricio.- Alguien se tiene que quedar con el accidente automovilístico.

Gregorio.- ¡La gente se muere por infartos y ya!

Félix.- Por exceso de colesterol, ¿no?

Gregorio.- Por ejemplo.

Martín.- ¿Cuántos huevos se metía a diario?

Gregorio.- ¿Qué estás tratando de decir?

Fabricio.- ¿Cómo llegaste a ese puesto siendo tan pendejo?

Fabricio, Félix y Martín ríen.

Gregorio.- Pues más vale que nos vayamos poniendo de acuerdo, porque a ninguno de sus jefes les gustaría que se sepa que eran amiguitos del clero.

Martín.- ¡Casi novios!

Silencio. Todos voltean a ver a Martín.

Martín.- ¿Qué? *(Pausa)* Intenté hacer un chiste, eso es todo...

Fabricio.- ¿Y tú?

Martín.- ¿Qué?

Fabricio.- Aquí se está armando la “asociación”.

Martín.- ¿Y?

Fabricio.- Eres el único “beneficiado”.

Martín.- ¿De qué?

Félix.- ¡El arte de hacerte el comemierda!

Fabricio.- Todos aquí tenemos mucho que dar, y mucho que perder.

Martín.- Está bien.

Fabricio.- Pero tú no.

Silencio.

Martín.- Mi jefe ya sabe.

Fabricio.- ¿Qué?

Martín.- Que estoy aquí.

Félix.- Conozco a tu jefe.

Martín.- ¿De veras?.

Félix.- Es medio olvidadizo.

Martín.- ¿Qué?

Félix.- Aunque cada vez se vuelve más exigente para olvidar.

Martín.- ¿Cómo?

Gregorio.- Que en un descuido hasta ya se le olvidó que existes.

Martín saca un celular. Trae cámara. Los amenaza como si el celular fuera una pistola.

Martín.- ¡No se muevan!

Toma tres o cuatro fotos.

Gregorio.- ¿Qué vas a hacer?

Martín.- Efectivamente, el viejo cabrón es muy olvidadizo, pero quién sabe si resista publicar estas fotos. Ustedes dicen. Con apretar un sólo botón, le llegan. Y no nada más a él.

Gregorio intenta acercarse.

Martín.- ¡Tú fuiste el que salió mejor!

Fabricio.- (*Sin acercarse*) Está “bloofeando”.

Martín.- (*Gritando*) ¡Arriésgate!

Silencio. Todo mundo cambia de lugar. Todos cuidándose de todos. Martín queda muy cerca de la puerta. Usa su celular como arma.

Gregorio.- Cuando era joven, yo no quería ser sacerdote. ¡Quería ser policía! Leía a Marcial Lafuente Estefanía. ¿Tú has leído a Marcial Lafuente Estefanía? (*Pausa*) ¡Yo veía a Columbo! ¿Alguna vez vieron *Las calles de San Francisco*? ¿No? ¿De dónde creen que salió Michael Douglas? ¿Miami Vice? ¡Así quería ser! ¡Como esos dos cabrones! Como los vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía! ¿Tú tampoco las leíste? ¿Y tú? Yo me peinaba como Michael Douglas en ese tiempo, y tenía una novia que me decía que me parecía mucho a él. ¿Cómo la ves, cabrón? Cuando se murió Marcial Lafuente Estefanía, yo me enteré tarde. ¡Una semana después me enteré! ¡Y lloré! ¡Y me escondí

para llorar, porque me daba vergüenza. (*Pausa*) En este país no puedes ser policía. Tampoco puedes ser vaquero...

Fabricio.- ¿Y terminaste siendo cura?

Félix.- Eres un policía de Dios.

Gregorio.- A mí me gustaría ir al Cementerio de Almudena. Allí está enterrado Marcial Lafuente Estefanía.

Martín.- ¿Y por qué no te fuiste a Estados Unidos?

Félix.- ¿A dónde?

Gregorio.- ¿Para qué? ¿Para ser policía?

Félix.- (*Con cierta sorna*) O vaquero...

Gregorio.- Sí fui, pero ya era sacerdote.

Martín.- ¡Qué historia! ¡Imagínate un cura que se vuelve policía!

Félix.- O un cura vaquero.

Fabricio.- Eso sólo puede suceder en Estados Unidos, porque aquí, nadie quiere bajar de nivel. Sería una pendejada ser policía, si eres cura.

Gregorio.- También ser sacerdote tiene su chiste.

Martín.- ¿Por qué siempre dice *sacerdote* y nunca dice *cura*?

Gregorio.- Cuando me llevaban a bautizar a un niño, a veces tenía que asesorar a los padres, porque los nombres no eran cristianos.

Félix.- ¿Cómo sabes si el nombre es cristiano?

Fabricio.- Fácil. Está en el calendario.

Gregorio.- El nombre que más les gustaba, era James. Yo les decía que era un gran nombre. Que así se llamaba un escritor irlandés muy importante. Y que también el quinto presidente de los Estados Unidos se llamaba así.

Fabricio.- Y también James Bond.

Martín.- Y también un periodista gringo muy chido.

Fabricio.- (*A Martín*) ¿Tú te crees James Bond?

Gregorio.- El inventor de la máquina de vapor se llamaba James Watt. Y el periodista nada más se apellidaba James y se llamaba Henry.

Félix.- Ven acá, chico, ¿tú eres una enciclopedia ambulante? ¿O qué?

Fabricio.- Por eso la iglesia está como está. Por tanta inteligencia acumulada.

Félix.- ¿Y cuando el niño se quiere llamar Jaime?

Fabricio.- ¿O Peter?

Gregorio.- El primer Papa, un pianista estadounidense, un botánico sueco, un escritor alemán, un paleontólogo danés y el padre de la ictiología.

Martín.- ¿La qué?

Fabricio.- Ni duda que estás muy bien para periodista cultural.

Gregorio.- El estudio de los anfibios.

Martín.- (*A Fabricio*) Te salvó la campana.

Fabricio.- ¿Tú crees que no sabía?

Félix.- El curita es cabrón.

Gregorio.- ¿Qué?

Félix.- La ictiología es el estudio de los peces.

Martín se ríe burlonamente.

Félix.- Peter Artedi. Lo curioso es que dejó su vocación espiritual por seguir a los peces. Y eso que los peces son el símbolo del cristianismo.

Gregorio.- ¿Quién dice?

Martín.- Hablar de religión nunca es una buena idea.

Gregorio.- Tampoco de política.

Fabricio.- ¿Y de dónde el cubanito salió tan culto?

Félix.- Peter Artedi se murió ahogado. Eso ya es un simbolismo extremo. Y el cubanita es generalmente más inteligente que el mexicanito.

Fabricio.- ¿Ese cabrón era marxista?

Félix.- Seguramente eres de los que piensan que todos los cubanos tienen el pelo malo y son jineteros.

Fabricio.- ¿Y no?

Martín.- Si se van a pelear, favor de voltear a la cámara.

Félix, Fabricio y Gregorio voltean a ver a Martín. Se acercan un poco a él, amenazantes.

Martín.- Un sólo botón, y la tecnología se va a encargar de lo demás.

Silencio. Todo mundo cambia de lugar. Todos cuidándose de todos. Cerca de la puerta queda ahora Gregorio.

Gregorio.- (*A Martín*) ¿Cómo te llamas?

Martín.- ¡A que la chingada!

Félix.- Se llama Martín.

Gregorio.- El Papa número 74, Martín I; Martín Cortés el Mestizo; San Martín Caballero; Martín Sarmiento.

Fabricio.- ¡San Martín de Porres y Martín Lutero!

Silencio.

Félix.- ¿O no los pensabas nombrar?

Fabricio.- ¿A poco no te gustaría ser como Lutero?

Gregorio.- ¿Y por qué me iba a gustar ser como Lutero?

Félix.- Porque todos los curas son luteranos tapiños. (*Breve pausa*) De clóset.

Gregorio.- Y si así fuera, ¿Qué?

Fabricio.- Cuando dicen eso, es que sí son.

Gregorio.- ¿Por qué me agarran a mí de su puerquito?

Félix.- Eres al que le va a ir mejor.

Gregorio.- ¿Me va a ir mejor de qué?

Fabricio.- Con este asunto de la muerte del Cardenal.

Martín.- ¿Le va a ir mejor?

Félix.- Está clarísimo.

Martín.- ¿Por qué?

Fabricio.- Es el que sabe todos los secretos.

Gregorio.- ¿Y ustedes no?

Félix.- Yo tengo arriba a un comandante inmortal.

Fabricio.- Yo tengo arriba a muchos mortales, y esos son los peores.

Martín.- Cuéntanos, hombre, ¿por qué te va a ir mejor?

Gregorio.- Yo me tengo que ir.

Fabricio.- Adelante.

Gregorio.- A todos nos conviene ponernos de acuerdo.

Martín.- A mí no.

Félix.- ¿Quién es el cuarto cadáver?

Martín se va a acercar. Gregorio se pone enfrente.

Gregorio.- ¡Tú no! (A Félix) Señor embajador, por favor, verifique.

Fabricio.- (Burlón) Señor embajador...

Félix va al cadáver. Levanta la sábana que lo cubre.

Félix.- Yo a este cabrón lo conozco...

Fabricio se acerca.

Fabricio.- Es Pedro Remolina.

Gregorio.- ¡Dios mío!

Martín.- ¿Pedro Remolina?

Félix.- ¿Quién es?

Gregorio.- ¿Pedro Remolina? ¿No sabes quién es?

Fabricio.- ¿Andaba con el Cardenal?

Gregorio.- ¿Es gay?

Martín.- ¿Pedro Remolina?

Fabricio.- Sí.

Félix.- ¡Ah! ¡Pedro Remolina!

Martín.- ¡Órale!

Félix.- ¿De verdad?

Martín.- Les cambio la foto de Pedro Remolina.

Fabricio.- ¿Tengo cara de coleccionador de fotos?

Martín.- Les doy las otras por una de él.

Fabricio.- ¡Qué grueso estás!

Gregorio.- Ni porque es tu colega el muerto.

Martín.- ¡Ese joto no es mi colega!

Félix.- ¿Es el que habla de los artistas?

Fabricio.- ¿Y cómo sabemos que no vas a publicar que Remolina estaba con ellos?

Gregorio.- ¿Cómo sabemos que andaba con ellos?

Félix.- ¿De qué hablarían?

Martín.- ¿Y si lo imaginamos?

Fabricio.- ¿Qué?

Gregorio.- ¡Déjame afuera al Cardenal!

Martín.- Podría ser un best-seller.

Fabricio.- ¿Y yo qué gano?

Félix.- ¡Dinero!

Martín.- Cada uno conoce a su jefe. Cada uno podría aportar cosas.

Gregorio.- Yo ya me voy.

Martín.- A mi jefe le va a encantar cuando sepa que el Cardenal se echó unos tragos antes de morir nada más y nada menos que con Pedro Remolina.

Fabricio.- ¡A tu jefe y al país entero!

Gregorio.- ¡No hay pruebas de eso!

Félix.- ¿En este país cuándo se han necesitado pruebas?

Gregorio se detiene.

Fabricio.- Parece que por fin tiene sentido quedarme aquí.

Félix.- ¿Por dónde empezamos?

Fabricio.- Sentando las bases.

Gregorio.- ¿Qué gano yo?

Félix.- Un feliz ascenso, ¿que no?

Fabricio.- No conozco ascensos tristes.

Martín.- Todos ganamos dinero. Y claro, nos quedamos calladitos de lo que pasó esta noche.

Gregorio.- Yo todavía no entiendo.

Martín.- Lo único que tienes que hacer, es decir cuál sería la reacción del Cardenal en una plática donde estuvieron el Embajador cubano, el presidente de la oposición, y Pedro Remolina.

Pausa.

La siguiente escena, toda, los personajes hacen una imitación de sus jefes: excepto Martín, que hace a Pedro Remolina. Un periodista afeminado, elegante. Gregorio se convierte en Juan Ernesto, Félix en Wilfrido y Fabricio en Fernando.

Pedro.- ¡Qué lugar tal lóbrego!

Juan Ernesto.- ¿Le parece?

Fernando.- Digamos que es donde podemos hablar sin que nadie nos moleste.

Pedro.- ¿Podemos tutearnos? Me encanta tutearme con gente importante. Y hablarles de “usted” a los pelagatos.

Wilfrido.- Adelante, Pedrito. Yo creo que nadie tendrá inconveniente.

Fernando.- De ninguna manera.

Pedro.- Entiendo que no es extraño que ustedes se reúnan a platicar...

Los otros tres personajes se ven entre sí, y no saben qué decir.

Pedro.- Todavía no prendo la grabadora, no tienen de qué preocuparse.

Juan Ernesto.- Digamos que son reuniones colaborativas. A todos nos une un gran amor por este país.

Pedro.- ¿Incluyendo al cubanito?

Wilfrido.- ¿Cómo?

Pedro.- Perdón... ¡Al señor Embajador!

Wilfrido.- Okey.

Pedro.- Ustedes dirán, ¿para qué soy bueno?

Fernando.- ¿Te gustan las exclusivas?

Pausa.

Pedro.- Y no ha de ser cualquier exclusiva... ¿De qué se trata?

Fernando.- Del presidente.

Pausa.

Pedro.- (*Lento*) ¿Del señor presidente?

Wilfrido.- De su ilustrísimo señor presidente.

Pedro.- ¿Y por qué me llamaron a mí?

Juan Ernesto.- Eres periodista.

Pedro.- Pero no de los que cubren exactamente... la presidencia.

Fernando.- Noto tenso al señor Remolina. ¿Por qué no nos relajamos tantito?

Wilfrido.- ¿Quieren ver una playboy?

Juan Ernesto.- (*Carraspea la garganta*) Mjmm... ¿Qué les parece un dominocito?

Fernando.- El señor presidente tiene un grave problema. Y nosotros no queremos perjudicarlo.

Pedro.- ¿Y por qué no querrían ustedes perjudicarlo? Son la oposición ¿Que no?

Wilfrido.- Todos son iguales. Se tapan con la misma colcha.

Juan Ernesto.- Señor Embajador, qué poco diplomático.

Fernando.- Al señor presidente le va a estallar el escándalo.

Juan Ernesto.- Suéltalo, ¡ya!

Wilfrido.- ¡Qué ansiedad la de su excelentísima!

Fernando.- ¡Trata de blancas!

Juan Ernesto.- ¿Qué?

Wilfrido.- ¿Seguro?

Fernando.- Lo tenemos comprobado. ¿Qué necesita, señor Remolina?

Pedro.- Pruebas.

Juan Ernesto.- Fotos.

Wilfrido.- Videos.

Juan Ernesto.- ¿Videos?

Fernando.- Por eso no hay problema.

Pedro.- ¿Son contundentes?

Fernando.- ¿A qué se refiere?

Pedro.- ¿Es clara la cara del presidente?

Fernando.- El cuerpo es clarísimo.

Pedro.- (*Se levanta y va a la salida*) No me sirve.

Juan Ernesto.- ¿Por qué?

Wilfrido.- Porque nadie le conoce el culo al presidente.

Fernando.- Están a punto de traerme la prueba definitiva. ¡El presidente en plena acción!

Pedro.- ¿En plena acción?

Juan Ernesto.- ¡Díos Mío!

Wilfrido.- (*Suavemente irónico*) ¡Qué desgracia!

Pedro.- ¡Qué porquería!

Fernando.- Señor Remolina, por favor. No me diga que se va a espantar con tan poquito.

Pedro.- ¿Cuánto tiempo?

Fernando.- Cuestión de minutos.

Pedro se regresa.

Pedro.- Espero que no sea una broma, don Fernando.

Wilfrido.- Para ser así, qué poco sentido del humor tiene usted, Pedrito.

Pedro.- Así, ¿cómo?

Juan Ernesto.- ¿Chismosón?

Fernando.- ¿Eso es pecado, su excelencia?

Pedro.- ¿Y ustedes creen que me importa?

Wilfrido.- Le debería de importar, Pedrito.

Juan Ernesto.- Depende.

Pedro.- Y a todo esto, ¿Por qué tenemos testigos de tanto honor?

Wilfrido.- Es de verdad un honor.

Juan Ernesto.- Es una buena pregunta. ¿Qué hacemos aquí?

Fernando.- Señor Cardenal, que falto de memoria.

Wilfrido.- Eso sí es pecado.

Pedro.- No me diga, Cardenal, que usted también está involucrado en este problemita del presidente.

Juan Ernesto.- Hijo mío, a mi edad...

Wilfrido.- ¿Entonces?

Fernando.- El señor presidente necesita una salida digna. Por eso hemos pensado que el gobierno cubano le dé asilo cuando el ludibrio se le venga encima.

Pedro.- ¿El qué?

Juan Ernesto.- La ignominia.

Breve pausa.

Wilfrido.- La vergüenza.

Pedro.- ¿Y le dará?

Juan Ernesto.- ¿Vergüenza?

Pedro.- Asilo.

Wilfrido.- La solicitud está hecha.

Juan Ernesto.- ¿Ya?

Fernando.- Esto tiene que ser rápido. En la desgracia, los políticos nos tenemos que comportar como hermanos. No se trata de que el presidente sufra.

Pedro.- ¿Entonces?

Wilfrido.- En Cuba un presidente jamás sufre.

Juan Ernesto.- Un hombre que deja de ser presidente, siempre sufrirá.

Pedro.- ¿Y don Juan Ernesto?

Juan Ernesto.- ¿Qué tiene?

Pedro.- ¿Qué hace aquí?

Wilfrido.- Se compromete a condenar el hecho.

Juan Ernesto.- ¿Yo?

Fernando.- Yo no lo diría de esa manera, pero sí sería bueno que la iglesia lamentara tal suceso.

Juan Ernesto.- ¿De veras?

Pedro.- ¿Qué le dijeron?

Juan Ernesto.- ¿A mí?

Wilfrido.- ¿No entiende?

Fernando.- Son los ochenta años.

Juan Ernesto.- Sin embargo la iglesia siempre condena ese tipo de tragedias, vengan de donde vengan.

Pedro.- ¿Vengan de donde vengan?

Fernando.- Después de muchos años volverá el señor presidente. Y como el pueblo no tiene memoria, podrá morir tranquilo en su país, como le corresponde a todo jefe de estado.

Pedro.- Pero por lo pronto es necesario que se vaya.

Wilfrido.- Y que no tenga vergüenza para poder opinar. Eso es importante.

Juan Ernesto.- ¿Eso se logra cerca del comandante?

Pedro.- ¿Qué gano yo?

Fernando.- La exclusiva.

Wilfrido.- (*Irónico*) El señor periodista habla de dinero.

Fernando.- Tu jefe ya sabe que estás aquí. Van a despedir a la vieja esa que tanto odias, y tú vas a ocupar tu lugar.

Pedro.- ¿Qué más?

Wilfrido.- ¡Mira! Quiere más...

Juan Ernesto.- ¿Dinero?

Fernando.- ¿Cuánto?

Juan Ernesto.- ¿Yo qué gano?

Fernando.- Una camioneta del año.

Juan Ernesto.- No me ofendas.

Fernando.- Una iglesia más moderna.

Juan Ernesto.- ¿Quién quiere eso?

Fernando.- Un departamento en Cancún.

Juan Ernesto.- ¡No!

Fernando.- Una casa en Cuernavaca

Juan Ernesto.- ¿Con alberca?

Fernando.- Por supuesto.

Juan Ernesto.- ¡NO!

Fernando.- Medio millón de dólares.

Juan Ernesto.- Déjame pensarlo.

Fernando.- El medio millón y todo lo anterior.

Juan Ernesto.- Sigo pensándolo.

Fernando.- Un millón.

Juan Ernesto.- Lamentable.

Fernando.- ¿Lamentable?

Juan Ernesto.- La sociedad mexicana se ve vulnerada con este tipo de tragedias. Pero nuestro señor Jesucristo nos dará fortaleza para superar estos lamentables acontecimientos. México es un país ejemplar. Siempre ha salido adelante de todas las duras pruebas que Dios le ha puesto. Esta vez no será la excepción. Yo sólo le pido a los mexicanos que se unan en oración por el alma de nuestro señor presidente. Que intenten comprenderlo, y que sepan que Dios, a través de nuestra señora de Guadalupe, está con nosotros.

Pedro.- Señor Cardenal, ¿qué opina de la familia del presidente?

Juan Ernesto.- Yo les haré una visita para consolarlos. Ellos son las verdaderas víctimas de esa tragedia. Y seguramente, con este lamentable acontecimiento, Dios los hará grandes y útiles para este país. Gracias, no tengo más comentarios.

Juan Ernesto camina con paso cansado hacia el fondo de la escena.

Fernando.- Estupendo.

Juan Ernesto.- ¡Wilfrido!

Wilfrido.- Dígame, *señor* Cardenal.

Juan Ernesto.- ¿Qué vas a hacer con el millón de dólares?

Wilfrido.- A mí nada más me quedan 200 mil.

Pedro.- (*Para sí mismo*) Me tendré que dar una restiradita, después de que dé a conocer esta nota...

Gregorio estalla en carcajadas. Todos vuelven a ser ellos mismos.

Fabricio.- Lo hiciste muy bien.

Gregorio.- ¿A poco?

Félix.- Vas a ser un digno heredero.

Silencio.

Gregorio.- Yo creo que todo esto es una exageración.

Félix.- ¿Te parece?

Gregorio.- Pues yo no meto las manos al fuego por sus jefes, pero sí por el Cardenal.

Fabricio.- Intereses en común.

Gregorio.- Nunca lo vamos a saber.

Martín.- ¡Claro que sí! ¡Para eso estamos aquí!

Félix.- Hay varias posibilidades.

Gregorio.- ¿A poco vas a aceptar que tu gobierno estaba poniéndose de acuerdo con la oposición y el clero?

Martín.- Hagamos una cosa. Vamos anotando las posibles causas, y luego lo decidimos.

Gregorio.- ¿Cuál es el criterio?

Fabricio.- ¿Qué importa el criterio?

Félix.- Anota, periodista: Podemos pensar que la oposición, ante su incapacidad de ganar una elección importante por las buenas, se ha reunido con el clero y la farándula mexicana para que le ayuden a recabar votos. Escándalo no incluido.

Fabricio.- Faltan tres años para las elecciones.

Martín.- Por eso, ¿que no?

Gregorio.- ¿Y qué haría allí el cubano? ¿Dándoles lecciones de democracia?

Fabricio.- Este es de los que cree que la democracia existe.

Martín.- ¡Qué interesante declaración!

Fabricio.- ¿Y el clero nos va a decir cómo ganar una elección? Se deberían de concentrar en no perder aficionados.

Gregorio.- ¡Pendejo!

Martín.- ¿Perdón, señor cura?

Félix.- ¿O deberíamos decir señor Cardenal?

Fabricio.- ¿Y si la asesoría la necesitaba el Cardenal?

Gregorio.- ¿Para qué?

Félix.- Eso es político.

Gregorio.- Por eso digo, ¿para qué?

Martín.- Los cardenales también tienen su corazoncito...

Félix.- ¿Qué problemas?

Gregorio.- El Cardenal no tenía problemas.

Martín.- ¿A no? ¿No quería llegar al Papado?

Gregorio.- (*Interrumpe*) ¡No señor!

Félix.- ¿A no?

Gregorio.- ¡Tenía 80 años!

Fabrizio.- El problema no radica allí.

Martín.- ¿Entonces qué quería?

Fabrizio.- El problema es que, con los que tienen el problema, se hacen pendejos...

Félix.- ¿Qué problema?

Martín.- Buscan lo que está prohibido.

Fabrizio.- Lo que está prohibido para ellos.

Félix.- Yo siempre he tenido la idea de que están reprimidos.

Martín.- ¿Qué tienen de malo unas buenas nalgas?

Fabrizio.- Nada si tienen más de 18 años.

Félix.- ¿Y el Cardenal sí tenía ese problema?

Gregorio.- ¡No!

Félix.- ¿Entonces?

Gregorio.- ¿Entonces qué?

Martín.- Algún problema debería de tener.

Félix.- Para reunirse con tan distinguidas personalidades.

Gregorio.- ¿Y por qué el del problema tiene que ser el Cardenal? ¿No quedamos que el del problema era el PRI?

Martín.- Pues sí, ¿verdad?

Fabricio.- ¡Aquí parece que el que tiene problemas eres tú!

Félix.- Pero si el Cardenal tuviera ese problema con los muchachos, pues no acudiría a Pedro Remolina.

Gregorio.- ¿Cuáles muchachos?

Fabricio.- A lo mejor para surtirle...

Gregorio.- ¡Por eso no ganan!

Félix.- ¿Por qué?

Gregorio.- ¡Por deshonestos! ¡Por lenguas largas!

Martín.- ¡Órale!

Gregorio.- ¡Puro cliché!

Fabricio.- No vamos a discutir esa parte del problema... ¿O sí?

Gregorio.- Tendríamos que concentrarnos mejor en el cubano.

Félix.- No hemos acabado contigo.

Martín.- ¿Se trata de acabar?

Fabricio.- Tengo una duda. ¿Qué hacen los curas cuando tienen problemas?

Félix.- Se “refugian” en otros curas.

Gregorio.- ¿No es así en la política?

Fabricio.- No en nuestro partido.

Martín.- ¿No se refugian en otros políticos corruptos?

Félix.- ¡De eso se trata!, de buscar iguales.

Gregorio.- ¿Qué problema tenía el señor licenciado?

Fabricio.- Seguramente su mayor problema era lidiar con un Cardenal pedófilo y un cubano ladrón.

Félix.- Se ha de haber sentido como pez en el agua.

Gregorio.- ¡Lo dicho! Todo mundo busca a sus pares.

Fabricio.- ¡Ya, carajo! ¡Parecen niños chiquitos!

Gregorio.- ¿Y qué tal que el señor presidente del partido quería saber el pasado de la actricita esa que hace los comerciales.

Fabricio.- ¡Míralo!

Félix.- ¡Ahora sí!

Martín.- ¿Qué le contestas?

Fabricio.- ¿Y eso qué?

Félix.- ¿Por qué la tenía haciendo comerciales?

Gregorio.- Porque le gustaba.

Fabricio.- Porque es muy profesional.

Martín.- Y luego el fin de la historia...

Gregorio.- (*Interrumpe*) ... ¡es que se la lleve a la cama!

Félix.- El cura hablando de sexo, ¡qué bárbaro!

Fabricio.- No estamos hablando de él, estamos hablando del Presidente.

Félix.- ¿Te da igual?

Martín.- ¿Le da igual?

Gregorio.- ¡No le da igual!

Fabricio.- Es un hombre libre.

Martín.- Era...

Fabricio.- Era un hombre divorciado.

Gregorio.- (*Burlón*) ¡Ave María purísima!

Martín.- ¿Eso lo puedo publicar?

Félix.- ¿A quién le importa?

Gregorio.- A la hija de un expresidente no se le deja así nada más.

Martín.- ¿Quién es la hija de qué expresidente?

Félix.- ¡Este sí que está perdido! ¡La hija de Eduardo Mateos es la viuda de ese cadáver!

Martín.- ¿Mateos? ¿El expresidente?

Fabricio.- A Mateos no le importa.

Félix.- ¿Qué es lo que no le importa?

Gregorio.- Que se haya muerto el yerno.

Fabricio.- El exyerno.

Martín.- ¿No lo habrá mandado matar?

Fabricio.- ¡Parecen escritores de telenovelas, no de best-sellers! ¡Qué historia tan mala!

Gregorio.- Está muy viejito, ¿no?

Martín.- ¿Quién? ¿El expresidente?

Félix.- ¿Y eso qué? El pobre viejo está lucidísimo.

Martín.- ¿De lucido, o de lúcido?

Félix.- ¡Las dos cosas!

Martín.- ¿Y a poco al Cardenal le importa la vida de una actriz de telenovelas?

Gregorio.- ¡Claro que no!

Fabricio.- ¿No?

Félix.- Eso sí estaría divertido.

Fabricio.- A mí me dijo.

Martín.- ¿Tú conocías al Cardenal?

Gregorio.- ¡El Cardenal no hablaba con achichincles!

Fabricio.- Me dijo mi jefe que le dijo el Cardenal.

Gregorio.- ¿Qué le dijo?

Fabricio.- Que le promovía la anulación del matrimonio, pero quería conocer a Ada Narváez.

Félix.- ¿Y Adita sabía?

Fabricio.- Eso no lo sé.

Félix.- Me refiero a que si sabía que el señor Presidente del Partido era... homosexual.

Gregorio.- ¿Era gay?

Martín.- ¿El cabrón ese del bigotito bien arregladito era gay?

Fabricio.- ¡Putra madre! ¡Ustedes están peor que Pedro Remolina!

Pausa. Fabricio camina nervioso. De pronto se detiene, y le habla al cadáver de su jefe.

Histriónico.

Fabricio.- Yo creo que la mejor forma de manejar el asunto, licenciado, es diciendo la verdad ante todos. Parece una locura, ya sé, pero seguramente todos los demás van a apreciar la sinceridad. Si Wilfrido quería armas, era su obligación hacerlo desistir que un acto armado no ayuda a nadie. De cualquier manera la revolución está instaurada en ese pequeño país tan maravilloso como desamparado. ¿Qué ganaba Wilfrido, licenciado? Perder su posición, su visión objetiva. Wilfrido no nació para las armas, licenciado. Nació para la pluma. Tan es así, que trae 8 plumas en la bolsa de su camisa. Ordenaditas, como un silencioso ejército que está listo para disparar las ideas revolucionarias más contundentes de la historia moderna del mundo.... Wilfrido sabe, licenciado, que su mejor aliado es Dios. Es que él no es tan comunista como el perfil del puesto lo exige. Pero eso no está mal, licenciado, al fin y al cabo las filosofías que se alojan en el corazón, son más difíciles de erradicar que las que se alojan en el pensamiento. Así que es muy lógico que se haya reunido con el Cardenal, y que lo hayan requerido, licenciado, habla de que le están dando el apoyo para la candidatura. Y eso al PAN no le va a gustar, licenciado.

Pero hay que tener mucha prudencia. Porque luego resulta que son más papistas que el Papa, licenciado.

Durante este parlamento, Gregorio y Félix se han ido acercando lentamente para observar de cerca lo que Fabricio está haciendo.

Pausa.

Félix.- ¿Estás diciendo, cacho de comemierda, que el embajador quería armas para derrocar a Fidel?

Fabricio.- ¿Tan poca comunicación tenía el señor embajador con sus achichincles?

Gregorio.- ¿Y el Cardenal era comunista?

Fabricio.- Imagínense la escena: Wilfrido Rodríguez entrando a La Habana con todo su ejército de cubanos recién importados de Miami... Y en silla de ruedas.

Silencio. A Gregorio le gana la risa. Fabricio se contagia.

Félix.- (*A Gregorio, gritando*) ¿De qué te ríes? ¡So singao!

Martín.- Tampoco me llenen de datos, que luego no los puedo seguir... A ver, vamos por partes. El embajador quería armas; el Cardenal, conocer a una actriz de telenovelas y el político de bigotito pulcro quiere ganar una elección con la ayuda de los comunistas y los fieles... Pero no con los fieles difuntos, ¿verdad?

Martín se ríe de su chiste. Nadie lo sigue.

Martín.- Como que las “necesidades” de estas grandes cacas no me checan. Entiendo que un cabrón quiera recolectar armas; o que otro quiera ganar las elecciones; ¿pero conocer a una actriz de televisión?

Todos voltean a ver a Gregorio. Éste no sabe qué decir.

Martín.- ¿Por qué no van diciendo lo que ellos dirían?

Los tres personajes lo voltean a ver.

Martín.- Claro, eso ya lo dijimos...

Silencio. Todos se acomodan.

Gregorio.- ¿Cómo se enteraron?

Félix.- ¿De qué?

Gregorio.- De la muerte de sus jefes.

Fabricio.- Soy el secretario particular.

Félix.- ¿Quién más sabe?

Fabricio.- (*A Martín*) ¿Tú también eres secretario particular?

Gregorio.- Alguien más sabe.

Félix.- ¿Quién te avisó?

Martín.- Para ser periodista, hay que tener mucha suerte... Y un jefe conectado... hasta con los achichincles.

Fabricio.- Lo importante es saber la versión oficial.

Gregorio.- ¡Ese es el problema!

Fabricio.- Al líder de un partido como el nuestro, le conviene un asesinato.

Martín.- ¿Qué?

Gregorio.- ¡Ave María Purísima!

Félix.- ¡Qué bueno se está poniendo esto!

Gregorio.- ¿Dónde lo mataron?

Fabricio.- Apunta, periodista. Llegando a su casa, cerca de la medianoche de hoy.

Martín.- ¿Y por qué llegó a la media noche?

Fabricio.- Porque estaba trabajando arduamente por el bienestar del país.

Félix.- ¿Y por qué se lo echaron?

Martín se acerca al cadáver del político. Se asoma a verlo.

Fabricio.- Porque sabían que de verdad tenía un proyecto de nación. Un proyecto muy superior, que nadie hubiera podido imaginar. Y los del gobierno estaban temblando.

Félix.- Lo malo de estar en el poder, es que se sufre mucho con la idea de perderlo. Afortunadamente los cubanos no tenemos ese sufrimiento.

Martín.- ¡Qué forma tan rara de matarlo!

Fabricio.- ¿Qué?

Martín.- Le amputaron una pierna.

Martín toma la pierna amputada, y la levanta.

Silencio.

Martín.- Es una historia muy creíble. ¡Felicidades, licenciado!

Gregorio.- Claro, le quitaron la pierna, y le dieron de golpes en la cabeza.

Félix.- Entonces ya tenemos dos. El señor licenciado murió brutalmente asesinado, presuntamente por miembros del partido en el poder. Todo parece indicar que el móvil del asesinato fue meramente ideológico.

Martín.- (*Mientras camina hacia el cadáver del Cardenal*) ¿Y del Cardenal? ¿Qué nos puede decir?

Gregorio.- El Cardenal murió de un ataque fulminante al corazón. Tenía 80 años.

Martín.- (*Viendo el cadáver*) Pues cuando le dio el infarto ha de haber estado parado, porque se dio un buen chingadazo en el hocico.

Félix.- A lo mejor estaba bailando en una mesa.

Martín le toma una foto con el celular.

Gregorio.- ¡Respeto a los santos difuntos!

Félix.- ¿El Cardenal practicaba el celibato, o la salivita?

Gregorio no sabe qué contestar. Lo sorprende la broma.

Martín.- ¿Y del cubano no vamos a hablar?

Fabricio.- Tú podrías ser su sucesor, ¿no?

Gregorio.- Todos aquí.

Félix.- ¿Qué?

Gregorio.- No se hagan pendejos.

Fabricio.- ¿Los curas modernos dicen malas palabras?

Martín.- Yo no quiero ser el sucesor de Pedro Remolina.

Félix.- La embajada de México es un premio para nuestros diplomáticos.

Fabricio.- Entonces ya valiste madre.

Félix.- Con que no muevan a nadie. Con que me dejen donde estoy.

Martín se acerca al cadáver del embajador.

Gregorio.- ¿Y de qué murió el señor embajador?

Martín.- ¿Como cuántos años tenía?

Félix.- Estábamos planeando la fiesta de los 75.

Fabricio.- De la talla del Cardenal.

Martín .- Tiene toda la facha de revolucionario.

Gregorio.- ¿Y de qué murió?

Félix.- En accidente automovilístico...

Pausa.

Félix.- A las doce de la noche.

Pausa.

Félix.- Iba acompañado del presidente nacional del PRI.

Pausa.

Félix.- Del Cardenal Primado de México.

Pausa.

Félix.- Y del conductor de televisión Pedro Remolina, presunto homosexual.

Se hace un silencio incómodo.

Félix.- (*Se justifica*) Necesitaría una justificación muy fuerte para mentir...

Martín.- ¿Puedes repetir eso?

Félix.- ¡No!

Gregorio.- ¿Cuál es la idea?

Félix.- Yo no soy poeta.

Gregorio.- ¿Qué?

Félix.- Para inventar historias románticas.

Silencio.

Gregorio.- También pudo ser muerte natural... Tenía 75.

Félix.- En Cuba eso nadie lo cree. Allá los diplomáticos se mueren a los 90... Si es que se mueren.

Fabricio.- A mí no me importa lo que crean en Cuba.

Martín.- ¿Y si se suicidó?

Félix.- No es mala idea.

Gregorio.- ¿Estás hablando en serio?

Félix.- El informe "F".

Martín.- ¡Órale!

Fabricio.- Pues tendrá que ser muy inteligente la exposición de motivos, porque un diplomático cubano, que tiene todo en la vida, incluida la oportunidad de vivir fuera de Cuba, se suicida a los 75 años. ¡Para que te lo crean!

Martín.- Podrían cambiar...

Gregorio.- ¿Cómo?

Martín.- Que maten al cubano, y que se suicide el señor licenciado.

Fabricio.- ¡Ni madre!

Gregorio.- ¿Prefieres que se suicide a que sepan que andaba en una noche loca con Pedro Remolina?

Martín.- O con el Cardenal.

Félix.- Eso sí está preocupante. O a lo mejor lo que el señor licenciado quería preguntarle al Cardenal, es si se podía casar con Pedro Remolina.

Fabricio.- ¿Qué pasaría si de pronto el señor Embajador descubre que Cuba vive una dictadura?

Martín.- Y que él es parte fundamental de esa dictadura.

Félix.- ¿No dijiste hace un rato que el Embajador quería armas para tumbar a la dictadura?

Gregorio.- ¿Le importaría?

Félix no contesta.

Fabricio.- Él tuvo también esos sueños donde corría sin poder avanzar. Pero en lugar de ver la cara del comandante, veía a Fulgencio Batista.

Martín.- ¿Entonces quería derrocar la dictadura de Fulgencio Batista? ¿Pues cuántos años tenía?

Félix.- ¿Qué sabes tú de esto?

Fabricio.- No se puede estar con Dios y con el diablo al mismo tiempo.

Félix.- El señor embajador, fue el que le dio el balazo a Dios.

Martín.- ¿Qué Dios?

Gregorio.- ¡Dios mío!

Fabricio.- Dios no murió de un balazo. Murió de infarto.

Gregorio.- Como su excelencia.

Martín.- (*A Gregorio*) ¿Estás diciendo que Jesús murió de un infarto?

Gregorio.- ¡Yo no dije nada!

Félix.- Pero el embajador, aquí presente, fue el que lo traicionó.

Martín.- Yo ya no entiendo nada.

Fabricio.- El señor embajador aquí presente, traicionó a Fulgencio Batista.

Martín.- ¿Cómo?

Gregorio.- Abriendo las puertas de la información.

Martín.- Ja. ¡Qué mamón!

Fabricio.- ¿Y por eso el premio?

Félix.- Al principio fue un castigo, pero luego que el embajador se dio cuenta...

Pausa.

Gregorio.- ¿Qué?

Fabricio.- Que ser embajador en México significa vivir a toda madre sin trabajar mucho.

Martín.- O lo que es lo mismo, que ser cubano en el exilio está a toda madre.

Félix.- ¡Váyanse pal recontraoño de su madre!

Gregorio.- El caso es que eres hijo de traidores.

Félix.- Ahora resulta...

Fabricio.- ¿Y no que todos somos hermanos?

Martín.- Entonces tu también eres hijo de traidores.

Gregorio.- ¿Y el suicidio?

Fabricio.- ¿Ya ven que está complicado?

Félix.- Sólo hay una cosa que al embajador lo llevaría a eso.

Martín.- ¿Qué?

Félix.- Perder el poder.

Fabricio.- Pues como que los cubanos traen eso en la sangre, ¿no?

Félix.- Hay otros que nada más decidimos partirnos el lomo.

Fabricio.- ¡Mira tú!

Martín.- Entonces elaboremos de esa manera la nota.

Gregorio.- ¿Cuál nota?

Martín.- A unos cuantos días de que la remoción del cargo del Embajador de Cuba en México...

Félix.- (*Interrumpe*) Se dan cuenta de lo pequeño que somos...

Gregorio.- ¡Somos un mundo pequeño!

Silencio.

Fabricio.- Pequeños burgueses.

Gregorio.- Encerrados.

Félix.- Y silenciosos...

Silencio.

Gregorio.- (*A Félix*) ¿Cuál es la diferencia entre tú y él?

Fabricio.- ¿Y eso qué tiene que ver?

Félix.- Mató a siete. Frente al comandante en jefe. Tenía 25 años. Uno por uno. Con la pistola en la boca. Uno por uno. Con el tiro de gracia en la mismísima frente. Uno por uno. Como si el tiro de gracia hiciera falta. Tú vas a ser grande al lado del comandante, le dijeron. Y se lo creyó. Se creyó grande.

Gregorio.- Y llegó muy alto...

Félix.- (*Estalla*) ¡La hija 'e puta embajada de México no es llegar alto! (*Con calma*) Allí, donde están los cobardes, allí es llegar alto... Para eso sirven las revoluciones, para hacer un recuento de los valientes y de los cobardes. Y esa es la paradoja de las revoluciones. Los valientes, todos, ¡se mueren!

Fabricio.- Una separación...

Martín.- (*A Félix*) ¿Estás diciendo qué...?

Félix.- (*Interrumpe*) Nada.

Fabricio.- Entonces todo indica que fue suicidio...

Félix.- ¡Exacto!

Martín.- ¿Cuándo?

Fabricio.- ¿Y te dieron la oportunidad?

Gregorio.- ¿De qué?

Fabricio.- De demostrar tu valentía.

Martín.- ¿De matar a siete?

Fabricio.- Porque puede ser que no la hayas tenido.

Gregorio.- ¡Dios mío!

Fabricio.- Víctima de las circunstancias, de la falta de oportunidades.

Gregorio.- ¡Ahora el asesinato es una oportunidad!

Martín.- (*A Gregorio*) Ya te tocará...

Gregorio.- Nunca.

Martín.- Hablo de explicar por qué el muerto no eres tú.

Gregorio.- ¿Cuál muerto?

Fabricio.- Este cabrón, con tamaña inteligencia, sí tiene oportunidad de llegar a Cardenal...

Félix.- ¿Qué fue lo que no fuiste capaz de hacer?

Gregorio.- ¡Yo he hecho todo lo que se me ha indicado!

Martín.- Esa no fue la pregunta.

Félix.- A lo mejor por eso...

Fabricio.- Por nada más hacer lo que se te ha indicado.

Gregorio.- Hay lugares para todos. Cada quién nace con...

Félix.- (*Interrumpe*) ¡Con una misión en la vida!

Fabricio.- ¡Todos tenemos la misma misión!

Gregorio.- ¿Ah sí?

Fabricio.- ¡Hacernos ricos!

Martín.- Esto se está poniendo bueno.

Gregorio.- ¡Yo no!

Félix.- ¡Hazte el bobo!

Fabricio.- ¿Entonces por qué estabas en el cardenalicio y no en alguna colonia pobre?

Gregorio.- ¡Porque su excelencia me necesitaba!

Fabricio.- ¡Porque quieres ser como él! ¡Rico, poderoso, prepotente!

Gregorio.- ¡No te permito!

Fabricio.- ¡El que no te lo permite soy yo! ¡Y nos critican a nosotros! ¡¿Qué es mejor, el cinismo o la hipocresía?!

Gregorio.- ¡No se puede comparar!

Fabricio.- ¡No me vengas a dar clases de honestidad! ¡Ustedes, los poderosos, los humildes, los corruptos, los piadosos, los perversos, los misericordiosos...!

Gregorio.- (*Fuera de sí*) ¡El cabrón tuvo los huevos de hablar de frente con Su Santidad! ¡De verlo a los ojos! ¡De dejar a un lado la humildad para decirle que él era la solución! ¡Tuvo las agallas para no darle opciones!...

Silencio.

Gregorio.- Y después, 10 mil 172 kilómetros. El Atlántico de por medio, y una historia de terror... Miles de momentos en los que la única opción era cerrar los ojos... En los que la piedad se convertía en misericordia podrida... Y míralo, aquí está su excelencia... Como el más vulnerable de los seres humanos... Sin poder ver nunca más a los ojos de nadie...

Martín.- Al mismo nivel que Pedro Remolina...

Silencio.

Félix.- Sonaste muy cursi.

Martín.- ¿Y ahora?

Fabricio.- ¿Ahora qué?

Gregorio.- A esperar... A pensar en lo que viene... A practicar la humildad... A temblar...

Martín.- ¿Y tú no puedes ser el sucesor?

Fabricio.- ¡Cómo se nota que eres fotógrafo!

Martín.- ¿Qué tiene?

Félix.- Que éste es un cura de sexta. (*Irónico*) Y allí los necesitan de primera clase.

Fabricio.- Una vez me toco ver al obispo en primera clase, en el avión.

Gregorio.- ¿Iba a tu lado?

Martín.- Pero algo sacarás de todo esto, ¿no?

Gregorio.- ¿Tú que crees?

Martín.- Pues no sé.

Gregorio.- ¡Te lo pregunto en serio!

Félix.- Por lo menos te libraste de la prepotencia del Cardenal.

Fabricio.- Pero ya vendrá otro.

Gregorio.- Ni a hacerme rico... Ni a ser feliz...

Martín.- ¿Qué?

Gregorio.- Uno no puede venir a eso.

Fabricio.- ¿O sea que el tipo no fue feliz?

Félix.- ¿El Cardenal?

Gregorio.- ¿De veras les importa?

Fabricio.- No.

Martín.- A mí sí.

Fabricio.- La misma línea de Pedro Remolina.

Félix.- Pudiera ser que el del suicidio fuera el Cardenal. Esa sería tu venganza.

Martín.- ¿Por qué?

Fabricio.- ¡Porque es pecado! ¡Y el pecado es vergonzoso!

Silencio. Todos ven a Gregorio.

Fabricio.- Muy bien, San Achichinle.... Lo estás pensando.

Martín.- ¿Y tú?

Fabricio.- ¿Qué?

Martín.- ¿Qué tenía en los huevos el muertito que tú no tenías?

Fabricio.- Tenemos que hacer la nota.

Gregorio.- ¿Verdad que no está tan fácil?

Martín.- ¿Hablarle derecho al presidente?

Gregorio.- ¿A poco se mezclaban?

Fabricio.- Yo sí se los voy a decir...

Pausa.

Fabricio.- Chantajeaba al presidente.

Félix.- (*Irónico*) ¡Qué novedad!

Martín.- Estaba vendiendo al país.

Fabricio.- Esas son mamadas de los perredistas.

Gregorio.- Había matado a su sirvienta. Todos matan a sus sirvientas.

Fabricio.- Esos son cuentos clásicos. (*Pausa*) No les conviene saber.

Félix.- ¿Por qué?

Fabricio.- Porque corren peligro.

Martín.- Entonces si chantajeaba al presidente, es probable...

Fabricio.- (*Interrumpe*) ¡Vendía droga!

Silencio.

Fabricio.- ¿Ya ven? Ahora están jodidos.

Martín.- Vamos a hacer la nota.

Félix.- A ver, a ver... Hagamos un recuento. Acá tenemos a un Cardenal que le gritaba al Papa. Más allá está el presidente de un partido político, que chantajeaba al presidente. Acá un diplomático asesino... Y un periodista de espectáculos...

Martín.- ¡Ahora resulta que el más limpio de todos es el putito!

Silencio.

Félix.- (*Aplaudiendo*) ¡Resultados, caballero, resultados!

Martín.- (*Susurrando*) ¿Qué chingados andaban haciendo juntos?

Félix.- En una reunión bilateral entre Wilfrido Rodríguez, Embajador de la República de Cuba en México; y de Fernando Zavala González, Presidente del Partido Revolucionario Institucional; para tratar asuntos relacionados con el primer encuentro latinoamericano de institutos políticos a celebrarse en el mes de noviembre en Caracas; el diplomático cubano y el político mexicano sufrieron un atentado mortal.

Martín.- No tienes sentido del periodismo.

Félix.- Las primeras investigaciones indican que el atentado fue perpetrado por un grupo terrorista de origen venezolano.

Fabricio.- Es muy inverosímil.

Félix.- Hasta el momento, el presidente Chávez dice que los verdaderos asesinos son los yankees, y que lo hicieron para involucrarlo en un terrible hecho que lamenta profundamente. Pues tanto Rodríguez como Zavala, eran como hermanos para él.

Gregorio.- A mí si me gusta.

Félix.- Por otro lado, hoy por la mañana falleció el Cardenal Primado de México de un ataque cardíaco...

Gregorio.- (*Entra al juego*) Licenciado, tenemos información de última hora.

Félix.- Adelante.

Gregorio.- Después de la necropsia de ley, que no fue dispensada por las autoridades mexicanas, a pesar de la petición de Su Santidad, se comprobó que la muerte del

Cardenal fue causada por herida de bala con entrada por la boca y salida por la parte occipital.

Silencio.

Fabricio.- ¿Estás seguro?

Gregorio.- ¡Sí!

Félix.- Vas a ir de cabeza al infierno.

Martín.- Pobre Pedro Remolina. Qué mala suerte morir el mismo día que se murieron estos tres “grandes”...

Gregorio.- Ni que fuera tan importante para irme al infierno.

Fabricio.- ¿Y por qué no luchamos para ser los herederos?

Martín.- En otro hecho totalmente aislado, la tarde de hoy...

Félix.- No aclares que fue aislado, porque se vuelve sospechoso.

Martín.- La tarde de hoy, en un lamentable accidente automovilístico murió el conocido conductor de televisión Pedro Remolina. Algunas fuentes afirman que Remolina estaba huyendo de tres jóvenes que lo perseguían con el fin de violarlo.

Fabricio.- Eso está a toda madre...

Félix.- ¡Falso como la cojone!

Gregorio.- Remitámonos a la historia oficial.

Félix.- ¿La historia oficial? ¿A esta hora?

Martín.- ¿Qué hora es?

Félix.- (*Saca un ánfora*) ¡Hora de brindar!

Félix le da un trago al ánfora y se la pasa a Gregorio.

Gregorio.- Yo paso.

Gregorio se la pasa a Fabricio. Éste le da un trago, y se la regresa a Gregorio.

Gregorio.- Yo paso.

Gregorio se la pasa a Martín. Éste le da un trago, y también se la regresa a Gregorio.

Gregorio.- ¡Paso!

Gregorio se la va a pasar a Félix, pero éste lo ignora. Gregorio no sabe qué hacer. Le da un trago. Se lo pasa a Martín, pero antes le da otro trago.

Martín.- ¿Qué es?

Félix.- Un aguardientico de caña.

Fabricio.- ¡Compatriotas! Me da mucho gusto saludarlos, y compartir con ustedes este brindis por las nuevas generaciones que dictan el rumbo de una sociedad como la nuestra, llena de necesidades, pero de esperanza; que está acostumbrada a salir adelante a pesar de la adversidad; que nunca se dejará vencer; y prueba de ello es que ya llegaron...

Félix.- (*Interrumpe, festivo*) ¡Ya están aquí! ¡Llévalos, llévalos! ¡En su cómodo paquete tetrapack! ¡Se tú el primero! ¡Aquí están...!

Martín.- (*Interrumpe, festivo*) ¡Los herederos del imperio!

Fabricio y Félix.- ¡Taratátánnn!

Silencio. De pronto, a Gregorio le da un ataque de risa. Va con Martín y le quita el ánfora. Le da un trago grande. Sigue riéndose. De pronto se queda serio. Y luego parece que va a llorar.

Gregorio.- ¿Por qué no? ¿Qué tenía ese pendejo que yo no tuviera? ¿Saben quién escribía sus homilias? ¿Saben quién lo tenía que sacar de todas sus broncas?

Martín.- ¿Se metía en muchas?

Fabricio.- Pero eso no es para que le tengas tanto rencor.

Gregorio.- ¿Qué?

Fabricio.- Yo le escribía los discursos a Zavala.

Félix.- No has de ser tan eficiente, ¿no?

Gregorio.- ¿Por qué?

Félix.- De este lío no lo pudiste sacar.

Gregorio.- (*Serio*) Es cierto... (*Sonríe*) ¡Brindemos por este maravilloso fracaso!

Fabricio.- Pinche cura, está loco.

Félix.- No importa, brindemos.

Gregorio.- ¿Ustedes me apoyarían?

Félix.- ¿A quién hay que matar?

Martín.- Sí, como no.

Fabricio.- Podemos hacer una campaña mediática.

Martín.- Mira el otro.

Gregorio.- ¿Creen?

Félix.- Aquí tú eres el de la fe. Tú eres el que tiene de creer.

Martín.- Sería un buen proyecto.

Fabricio.- ¿Tú crees?

Félix.- (*A Martín*) ¿Qué ganarías?

Martín.- ¿Qué ganaría?

Fabricio.- Ser el vocero del Cardenal ha de ser de hueva...

Gregorio.- (*Bebe del ánfora*) Más o menos...

Félix.- ¡Pero ya nunca más! ¡Te lo mereces, cabrón! ¡Es más, propongo que todos luchemos porque el señor cura... ¿Cómo te llamas?

Gregorio.- Gregorio Mares.

Félix.- Que Gregorio Mares sea declarado como el nuevo Cardenal Primado de México. Si alguien sabe bien los vericuetos de la Iglesia en México es nada más y nada menos que el Secretario Particular del lamentablemente fallecido Cardenal.

Martín.- ¿Lamentablemente fallecido?

Gregorio.- Se escucha raro.

Fabricio.- ¡Se escucha de la chingada!

Félix.- ¡Ese es el heredero número uno! El heredero número dos es el secretario del presidente del PRI.

Gregorio.- (*Le da otro trago al ánfora*) ¡Viva Fabricio García! ¡Dios bendiga al PRI!

Martín.- ¡Ah cabrón! ¿Qué la iglesia no le va al PAN?

Fabricio.- García Larios, por favor. Completos los dos apellidos.

Félix.- La iglesia le va al PRI, al PAN, a Fidel, al América, y a todo lo que dé.

Gregorio ríe a carcajadas.

Gregorio.- Yo tenía un compañero que le iba a los vaqueros de Dallas, y sufría con las vaqueritas. ¿Pero qué necesidad de sufrir?, le decía yo. Y se enojaba porque me decía que para eso estábamos, para sufrir, para emular a Nuestro Señor, y lo que era una conversación de porristas de futbol americano, se convertía en una larga perorata sobre el sentido de venir a esta vida... A ver, ¿Cuál es ese sentido? (*Ve a Fabricio*) ¿Tener mucho dinero? (*Ve a Félix*) ¿Libertad? (*Ve a Martín*) ¿Reconocimiento? ¡A este pinche mundo vinimos a sufrir! ¡Eso nos hacen creer los culeros!

Félix.- (*Irónico*) ¡Padre...!

Gregorio.- ¡Pero ellos se dan la gran vida! ¡Todos en el fondo queremos llegar a donde están ellos!

Fabricio.- (*Irónico*) Te vas a ir al infierno...

Gregorio.- Es que uno es pendejo.

Martín.- Inocente se oye mejor...

Gregorio.- Primero fue el miedo de morirnos e irnos a un lugar terrible. Luego, al revés. Lo bonito que es consagrar tu vida a ellos. Lo que nunca te dicen, es que nada más tienes una vida, y que si la dedicas a ellos, pues ya no la vas a dedicar a otras cosas. Y yo veo a los demás que se dedican a sus cosas y a otras, y que luego les da por ser felices, y que no tienen miedo de irse a esos espantosos lugares donde la sed llega hasta el culo del alma; y la ira del todopoderoso te mantiene en la más profunda oscuridad, dándote tiempo de pensar en lo terrible que es la soledad... Por eso nos condenan a la soledad, para que nos mantengamos ocupados, pero cuando las jerarquías son altas, la soledad cada vez es menos, porque cada vez es menos lo que se tiene que hacer. ¿Me explico?

Félix.- ¿No puedes ser más claro?

Fabricio.- A mí me parece que estás haciendo una acusación muy grave...

Martín.- Yo lo grabé.

Gregorio.- El Señor Cardenal, Arzobispo Primado de México, se suicidó la víspera con arma de fuego. Las investigaciones hablan de una terrible enfermedad que tenía al Cardenal sumido en la más profunda depresión.

Félix.- ¿No es mejor que digas que se suicidó por una decepción amorosa?

Gregorio.- No. Porque eso, en esta sociedad de incrédulos, lo único que hace es banalizar el pecado. Porque el suicidio sí es un pecado de verdad. No como la pederastia, o la fornicación, o esas cosas mundanas...

Martín.- Yo ya no entiendo nada.

Gregorio.- Somos herederos del pecado.

Fabricio.- ¡Qué mamón!

Félix.- (*Mientras saca un cigarro*) Me parece que ya aquí, al curita se le acabó su tiempo. Ahora vamos con nuestro distinguido político.

Gregorio.- ¡Aquí no se puede fumar!

Fabricio.- Yo estoy contento así.

Félix.- (*Mientras prende el cigarro*) ¿Sabe usted hace cuanto dejé de tener prohibiciones?

Martín.- ¿Vas a seguir siendo achichinle?

Fabricio.- ¿Y a ti qué?

Félix.- ¿Te damos por muerto?

Gregorio.- Ese podría ser el titular del periódico de mañana: Fernando Zavala González. Dos puntos. A mí, denme por muerto.

Fabricio.- Es sólo cuestión de encontrar los caminos...

Félix.- ¿Y éste es uno de ellos?

Fabricio.- (*Quedito*) Por qué no...

Martín.- ¿Te gustaría dar a conocer la homosexualidad de Zavala?

Fabricio.- (*Quedito*) Por qué no...

Félix.- La prensa se te echaría arriba.

Fabricio.- Es cuestión de irse a la banca por un año, tiempo suficiente para planear el regreso. Al fin y al cabo, México no tiene memoria.

Gregorio.- El triunfal regreso.

Martín.- ¿Y cómo te vas a sacudir tú la duda?

Félix.- ¿Cuál duda?

Martín.- Finalmente era el secretario particular.

Félix.- ¿No entiendes? No todo lo sabe el...

Fabricio.- (*Interrumpe*) Después de todo era una buena persona... Solamente, como yo, pensaba en el país...

Gregorio.- Eso es homofóbico.

Félix.- La tiñosa diciéndole pescuesipelao al guanajo!

Martín.- ¿Y quien sería el culpable?

Fabricio.- (*Súbitamente*) ¡Sobran!

Gregorio.- ¿Cómo?

Martín.- ¿Qué dijiste?

Félix.- Se puede hacer una redada a tiempo. Además, por la importancia del personaje, los culpables serían encontrados en 24 horas.

Fabricio.- (*Altivo*) ¡Pero que quede claro que murió por puto!

Gregorio intenta aguantar la risa. No lo logra del todo.

Gregorio.- (*Medio borracho*) Me gustaría officiar la misa por el eterno descanso del señorito Fernando Zavala González. En verdad sería un gran honor.

Martín.- A ver.

Gregorio.- Siéntense un momento, queridos hermanos. (*Aclara la garganta*) Estamos reunidos aquí ante Dios nuestro señor, que ha llamado a nuestro hermano Fernando a su presencia. Algunos dirán que anticipadamente, pero la voluntad del señor nunca debe ser confrontada. Su infinita misericordia le dará los elementos suficientes a la familia de

Fernando, a su viuda, a su suegro, para que comprendan que en este momento el lugar de Fernando era la diestra de Jesús.

Félix.- ¿Y quién estará a la siniestra? ¿El Cardenal?

Gregorio.- Todos hemos venido a este mundo a cumplir una misión. A veces no la sabemos con claridad. A veces no la entendemos, pero finalmente el Señor nos guía y nos pone pruebas fehacientes, para que entendamos que su bondad y su voluntad son inagotables. Fernando sabía muy bien a qué había venido a este mundo. Le dolía la injusticia, sufría con la pobreza.

Martín.- Eso sí.

Gregorio.- Si había alguien que quería dedicar su vida al servicio público, que tenía esa voluntad de servicio, de sacrificio para los demás, fue Fernando. Y como todo ser humano, tenía defectos y virtudes. Su mayor defecto...

Fabricio.- Es que era puto.

Gregorio.- Es que no veía a su alrededor cuando veía alguna injusticia. La razón lo cegaba, y ahora, desde el cielo, cuidará de todos nosotros. Descanse en paz, el hijo de puta de Fernando Zavala González.

Los otros tres.- Amén.

Silencio

Martín.- (A Félix) ¿Y tú?

Félix.- ¿Yo qué?

Gregorio.- Parece que lo disfrutas.

Félix.- No.

Fabricio.- Tampoco lo lloras.

Félix.- ¡Eso nunca!

Martín.- ¿Entonces?

Félix.- Se murió y se acabo. La vida tiene que seguir.

Fabricio.- ¿Y ya?

Gregorio.- Todo indica que lo vas a extrañar mucho.

Martín.- Que te va a hacer mucha falta.

Félix.- No. No me va a hacer falta. Por eso no sufro.

Gregorio.- Pues deberías.

Fabricio.- ¿Sufrir?

Gregorio.- No es tan fácil quitarse los preceptos del sufrimiento. Nomás porque estoy teniendo un momento de debilidad...

Félix.- Al contrario, te estás fortaleciendo.

Gregorio.- ¿Qué dijiste?

Martín.- Eso es lo que necesitas para seguir adelante, ¿Que no?

Gregorio.- ¿Yo?

Fabricio.- Fortaleza. Para ser herederos de algo se necesita fortaleza. Hasta el gato más insignificante necesita fortaleza para ir a reclamar lo que el difunto le dejó.

Martín.- Con la diferencia de que a ustedes no les dejaron absolutamente nada.

Gregorio.- ¡A mí sí!

Félix.- ¿Ah sí?

Gregorio.- Por lo menos me dejó este momento tan divertido.

Martín.- ¿Qué?

Fabricio.- ¿Divertido dijo?

Félix.- Pero nada más.

Gregorio.- Me dejó la responsabilidad de seguir adelante con nuestros preceptos. La gran responsabilidad de que nada, ¡absolutamente nada!, atente contra la fortaleza de la iglesia católica. Me dejó la responsabilidad de su imagen, de que nadie, aunque esté muerto, lo pisotee.

Martín.- ¿Todo eso?

Fabricio.- ¿Y cómo vas a lograr todo eso?

Gregorio saca de entre sus ropas una pistola. Apunta a los tres.

Silencio.

Félix.- Este tipo es bipolar.

Gregorio. Un año nuevo descubrí que este momento iba a llegar. Que alguna vez me iba a enfrentar a algo que no quisiera hacer, pero que no me quedaría de otra. Y miren. ¿Quién iba a decir que iba a ser ahorita?

Fabricio.- (*A Félix*) ¿A qué se refiere?

Félix se encoje de hombros.

Como si eso hubiera sido una señal, Gregorio dispara contra Félix y contra Fabricio. Caen muertos. Martín se tira al suelo. Se pone las manos en la cabeza. Se hace ovillo. Gregorio se acerca a él. Le pone la pistola en la cabeza.

Gregorio.- Sigues tú.

Martín.- ¡Cálmate! ¡Yo no hice nada!

Gregorio.- Shhh.

Gregorio camina a ver los cadáveres, sin dejar de apuntar a Martín.

Gregorio.- Ahora sí. Redacta la nota.

Martín.- ¿Yo?

Gregorio.- ¿Aquí hay otro periodista?

Martín.- Yo solamente soy fotógrafo.

Gregorio.- ¿No sabes escribir?

Martín.- (*Saca una libreta y una pluma*) ¿Qué escribo?

Gregorio.- ¿Cuál es la nota?

Martín.- La muerte de estos cabrones.

Gregorio.- Más respeto para los difuntos.

Martín.- La muerte del embajador, del presidente del PRI y del Cardenal.

Gregorio.- ¡No!

Martín.- ¡La muerte del Cardenal!

Gregorio.- (*Se acerca a él, apuntándole*) ¡No entiendes ni madre!

Martín.- ¡La muerte del embajador y del político!

Gregorio.- ¡Exacto! ¡Eres brillante!

Martín.- ¿Qué pongo?

Gregorio.- ¿De qué murieron?

Martín.- En un accidente.

Gregorio.- Esa es la pura verdad. Pon eso.

Martín.- La noche de ayer, en un lamentable accidente automovilístico murieron el licenciado Fernando Zavala González, presidente nacional del Partido Revolucionario Institucional y el embajador de Cuba en México, el licenciado Wilfrido Rodríguez.

Gregorio.- Muy bien. ¿Y de quién iban acompañados?

Martín.- Del Cardenal no. ¿De Pedro Remolina?

Gregorio.- ¿Seguro?

Breve pausa.

Martín.- Los políticos iban acompañados de Fabricio García...

Gregorio.- Larios.

Martín.- De Fabricio García Larios, secretario particular del presidente del PRI, y de Félix Salomón, vocero de la Embajada Cubana.

Gregorio.- ¡Muy bien!

Martín.- ¿Y ahora?

Gregorio.- Suficiente.

Martín.- Esto no es una nota.

Gregorio.- Se agregan los currículums de tan distinguidas personas, y ya.

Martín.- ¿Y el Cardenal?

Gregorio.- Cuando yo era niño, mi admiración por Jesús empezó cuando en misa escuchaba que el padre decía: Señor Jesucristo que dijiste a los apóstoles: Ni pasos deo, ni pasos doy... Y yo me quedaba lelo, intentando entender esa frase que el padre Valencia decía. Ese era el gran misterio para mí. No el misterio de la trinidad. ¿Ese cómo puede ser un misterio? Sí Jesús revivía muertos, y alimentaba a una multitud con 5 panes y 2 peces, ¿por qué no se puede dividir en tres para formar uno? (*Voltea a ver a Martín*) No entiendes nada, ¿verdad? Lo que te estoy queriendo decir es que los misterios se hacen cuando uno es niño, y ya. Por ejemplo, siempre fue para mí un misterio que los muertos no sonrieran. Si cuando la gente muere, se va al lugar más maravilloso, ¿entonces por qué no sonríe? Los adultos no servimos para los misterios. Estos cabrones no sirven para eso. Yo no sirvo para eso. Tú no sirves para eso. Y lo único que tiene sentido en esta vida, son los misterios. Por eso, en cuanto dejamos de ser niños, la vida se convierte en una mierda. Punto. (*Breve pausa*) ¿Cómo ves?

Martín no contesta.

Gregorio.- Eso quiere decir que estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? ¡Excelente! Porque la conciencia queda mucho más pura de esa manera.

Martín.- Si no llego pronto al periódico, mi jefe va a mandar buscarme.

Gregorio.- Lo conozco. Le vales madre.

Martín.- ¿Lo conoces?

Gregorio.- Esta noche será trágica para esta comunidad. Pero la tragedia tiene que traer paz a los corazones.

Martín.- ¿Cómo te enteraste?

Gregorio.- ¿De qué?

Martín.- Del accidente.

Gregorio.- Tengo amigos en todas partes.

Martín.- ¿Tú supiste primero?

Gregorio.- Y ante todo está la reputación de la Iglesia.

Martín.- ¿Y por qué no me has matado?

Gregorio.- ¿Tú qué crees?

Martín.- Necesitas a alguien que dé la versión oficial.

Gregorio.- Más o menos... Aunque más menos que más.

Martín.- ¿Entonces?

Gregorio.- Necesito un testigo.

Martín.- ¿Qué?

Gregorio.- Alguien que sepa, aunque sea secretamente, que los soldados de Cristo estamos dispuestos a todo.

Martín.- ¿Y para qué?

Gregorio.- Tienes dos opciones: Hablar y morirte lo más pronto posible; o quedarte callado y disfrutar junto conmigo de la herencia del Imperio.

Martín.- ¿Yo?

Gregorio.- Sí. Tú.

Martín.- ¿Por qué yo?

Gregorio.- Porque las culpas compartidas son más difíciles de revelar. Más fáciles de sobrellevar. Porque así es más probable que jamás se sepa lo que pasó esta noche aquí. Así que tienes que tomar una decisión.

Silencio.

Martín.- Me quedo.

Gregorio.- ¿Cómo?

Martín.- Yo también quiero ser heredero de tu imperio.

Gregorio.- Perfecto. Entonces ve y cuenta la historia tal cómo va a ser. Total, la historia nunca ha podido ser verdadera.

Martín.- ¿Y después?

Gregorio.- A esperar. A tener paciencia. El mundo es de los que saben esperar.

Martín.- ¿Cuánto?

Gregorio.- Tú vas a saber hasta cuándo. Nadie más te lo puede decir.

Martín.- Perfecto.

Martín se levanta con energía.

Martín.- *(Caminando hacia la entrada de la morgue)* Entonces voy a...

Se interrumpe cuando Gregorio le pone la pistola en la cabeza.

Gregorio.- ¡Acabo de decirlo! Paciencia...

Gregorio baja la pistola y le da un balazo en el pie a Martín. Martín cae de nuevo.

Gregorio.- Con esto se sella el pacto. Ahora sí, nunca se te va a olvidar que estás hecho para lo grande. Y con eso vas a aprender a esperar. Por lo pronto, te va a servir mucho la reflexión.

Gregorio le da un golpe fuerte a Martín. Éste queda inconciente.

Gregorio corre a ver al Cardenal. Destapa su rostro.

Gregorio.- Gracias, excelentísimo. Seguramente Dios ya lo tiene en su santa Gloria. Y a mí también me tendrá.

Se escucha música gregoriana. Gregorio sale. Se hace

OSCURO FINAL